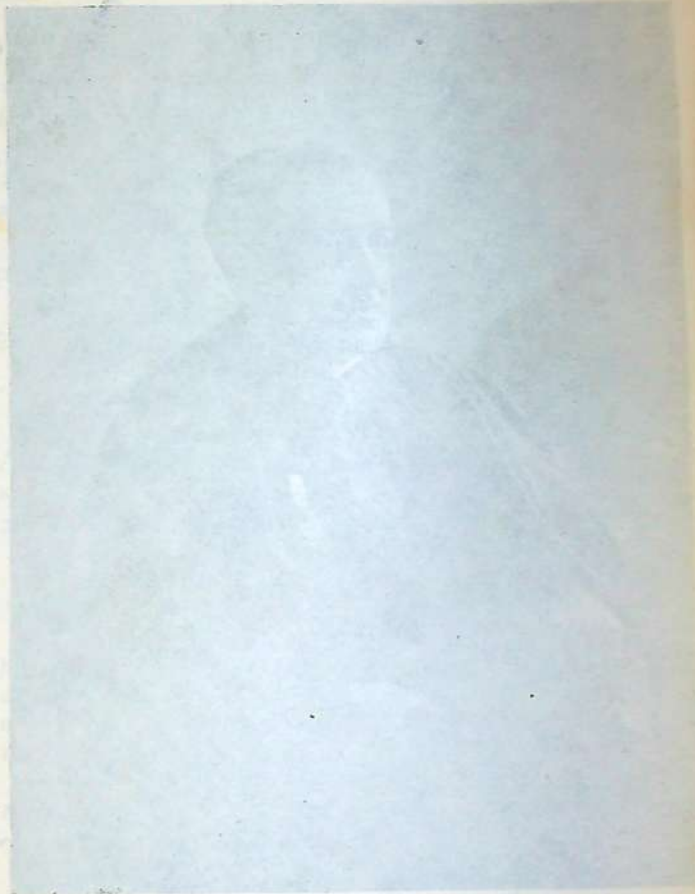




LA IGLESIA

Organo oficial de la Arquidiócesis de Bogotá

Año X. Vol. X.

Octubre 15 de 1915.

Número 19

Bodas de plata

Como homenaje de veneración, de cariño y de agradecimiento al señor Canónigo doctor don Rafael Maria Carrasquilla, al cumplirse el vigésimo quinto aniversario de su Rectorado en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, nada mejor podemos hacer que reproducir aquí la expresiva carta que a él le dirigió el Representante de la Santa Sede en Colombia, carta en que el Excelentísimo Señor Delegado Apostólico aprecia con elevado criterio la fecunda y benéfica labor del señor doctor Carrasquilla en el Colegio del Rosario.



CARTA

del Excmo. Señor Delegado Apostólico

*"Delegazione Apostolica di Colombia.—Número 479.
Bogotá, septiembre 21 de 1915.*

Al Muy Reverendo señor doctor Rafael María Carrasquilla, Rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.—Bogotá.

Muy Reverendo señor doctor:

Antes de separarme de Colombia deseo por medio de la presente manifestar a Vuestra Señoría la profunda complacencia con que he recibido la noticia de los festejos que el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario prepara para celebrar el vigésimo quinto aniversario del Rectorado de Vuestra Señoría.

Con igual complacencia me he informado del aplauso que este proyecto ha merecido de las altas autoridades eclesiásticas y civiles, y de varias corporaciones literarias y científicas.

Todos ellos, en notables documentos, han recordado los servicios que Vuestra Señoría en su larga y laboriosa carrera ha prestado a la Iglesia y a la Patria, ya como sacerdote, ya como maestro ejemplar y sabio.

En efecto, la luz de sus enseñanzas, que se ha difundido y brilla en toda la República, no se extinguirá; pues ha sido fiel reflejo de la sabiduría cristiana, promulgada y defendida desde la cátedra en donde tiene su trono el Sucesor de Pedro.

En esa fuente inextinguible de verdad ha bebido largamente Vuestra Señoría y como el hijo amantísimo que no olvida los beneficios que de su madre ha recibido, Vuestra Señoría no ha perdido ocasión de exaltar desde la cátedra sagrada con inspirada y elocuente palabra las grandezas, las glorias, las luchas y los triunfos del Pontificado Romano.

Con íntima satisfacción me adhiero, pues, de corazón, al justo homenaje de gratitud y admiración que se proyecta tributar a Vuestra Señoría, y hago sinceros votos porque Dios prolongue por muchos años su benéfico apostolado de ciencia y virtud.

✠ ALBERTO VASSALLO DI TORREGROSA

Arzobispo de Emesa, Delegado Apostólico."

DECRETO

NOS BERNARDO HERRERA RESTREPO

Por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica,
Arzobispo de Bogotá, Primado de Colombia, Prelado Doméstico
de Nuestro Santísimo Padre el Papa, Asistente al
Solio Pontificio, etc.

DECRETAMOS:

1.º Destínase el lote de la Arquidiócesis y sito en esta ciudad, entre la carrera 17 y la calle 16, para edificar allí una capilla y otras anexidades, que sirvan al establecimiento de alguna obra de acción social católica que se determinará más tarde.

2.º Pónese la capilla y la obra que allí se ha de desarrollar bajo el patrocinio de la Sagrada Familia.

3.º Para promover la construcción de la capilla y edificios adyacentes, de acuerdo con las instrucciones que reciba del Prelado, nómbrase al señor Presbítero D. Andrés Restrepo Sáenz.

Dado en Bogotá, a 8 de octubre de 1915.

✠ BERNARDO,
Arzobispo de Bogotá.

CARLOS CORTÉS LEE, *Secretario*.

Conferencias de San Vicente de Paúl

En la Pastoral que el Ilustrísimo y Reverendísimo Primado dirigió al clero y a los fieles de la Arquidiócesis con ocasión de la última cuaresma, recomienda de modo especial el establecimiento de las Conferencias de San Vicente de Paúl. «A nuestros amados cooperadores, los párrocos y sacerdotes seculares y regulares, dice el Prelado, les encarecemos que de palabra y por escrito, en público y en privado, trabajen por establecer o adelantar en las parroquias, en los colegios y escuelas, las Conferencias de San Vicente, a fin de que los feligreses o alumnos lleguen hasta el hogar de los menesterosos, sean para ellos apóstoles de la caridad, y los instruyan en el catecismo de la doctrina cristiana. De esta suerte tendremos misioneros seglares cuya labor contrarreste la de las asociaciones impías que de diversos modos se esfuerzan en arrancar la fe de nuestras clases obreras; en infundirles prevenciones, envidias y odios a las demás clases sociales; en afiliarlos a sociedades secretas, reprobadas por la Iglesia; en arrastrarlos a la sedición, con grandísimo daño de la Patria a la cual debemos amar como a la madre que nos dio la vida.»

Para secundar los deseos del Prelado insertamos a continuación una parte de la Conferencia dictada en la Universidad de Antioquia por el Presidente del Consejo Superior en Colombia.

«Quizá ninguno de vosotros ignore que la Sociedad de San Vicente de Paúl se fundó en 1833, por siete jóvenes pertenecientes a varias Facultades de la célebre Universidad de París. En época de indiferentismo religioso y aun de franca hostilidad y persecución a la Iglesia católica, aquellos estudiantes, obedeciendo sin duda a la feliz inspiración divina, resolvieron, una tarde del mes de mayo, agruparse para practicar la caridad, visitando, consolando, instruyendo y socorriendo a los pobres en sus domicilios, a fin de «poner su fe y su castidad al amparo de la caridad.»

El alma de la Asociación, el que por sus valerosas iniciativas, su fe profunda, su eximia piedad, sus grandes talentos, su admirable sabiduría y su elocuencia seductora, debía quedar ante la posteridad como el principal fundador, fue un alumno de la Facultad de Derecho, el inmortal Federico Ozanam. (1)

Desde un principio tuvieron como auxiliar y como consejera a una mujer extraordinaria, a quien el mundo entero admiró en vida y cuya santa memoria ha

(1) Nacido en Milán, de padres franceses, en 1813, y muerto en Marsella en 1853. Los demás fueron: Julio Devaux, estudiante de Medicina; Pablo Lamache, Francisco Lallier, Félix Clavé, Augusto Le Taillandier, estudiantes de Derecho, y Manuel José Bailly, el mayor de todos, quien había organizado la *Sociedad de los buenos estudios*, centro de lecturas y de reuniones literarias.

quedado en la Iglesia como prodigio de inteligente y fecunda caridad: la célebre Hermana Rosalía. Dotada de gran penetración para adivinar las miserias humanas, y de singular prudencia para buscar la manera más eficaz de remediarlas, esta humilde hija de San Vicente dio de ello admirables pruebas, por más de medio siglo, en la capital de Francia, con su maravilloso apostolado en favor de los enfermos, de los huérfanos, de los ancianos, de los ignorantes, de los prisioneros, de los desvalidos de toda clase, sin un momento de reposo, sin retroceder ante los más grandes obstáculos, sin desalentarse jamás, nunca vencida, descansando de una fatiga por medio de otra, de una obra terminada para emprender una nueva, sin abandonar su puesto ni sus armas sino el día en que Dios, satisfecho de sus largos combates y de sus grandes victorias, la llamó para hacerla entrar en el reposo eterno. Cuando en 1856 entregó su alma pura al Señor, la noticia de su muerte fue motivo de universal duelo; el pueblo de París le hizo funerales de Reina, y sobre su tumba, en el cementerio Montparnasse, se grabó esta inscripción: *a la Hermana Rosalía; sus agradecidos amigos, los ricos y los pobres.*

Fue ella quien ayudó a Ozanam y a sus compañeros en la práctica de lo que debía ser, como ha sido, la obra primaria y fundamental de nuestras Conferencias: la visita de familias pobres en sus domicilios, para socorrerlas con auxilios materiales, principalmente en especie, por medio de bonos, y con auxilios y consuelos espirituales. La Hermana Rosalía dio la lista de las primeras familias, y con su habitual benevolencia suministró los primeros bonos.

Así se formó el primer núcleo de lo que debía ser la Sociedad de San Vicente de Paúl, tan grande-

mente bendecida por Dios, que hoy, después de realzar un bien inmenso, se halla esparcida por toda la tierra, comprende nueve mil Conferencias, compuestas de más de ciento cincuenta mil socios activos, quienes reparten, todos los años, más de veinte millones de francos, entre los menesterosos, en favor de los cuales han fundado innumerables obras especiales, para el alivio de todas las miserias que afligen al hombre desde la cuna hasta el sepulcro.

Su obra es toda de acción; su objeto primordial es santificar a los socios y santificar a los desgraciados a quienes socorre, con la práctica de las obras de misericordia; huye del ruido y de la gloria mundana; es católica romana: tiene por compañeras la humildad y la abnegación; y no aspira sino a hacer el bien a los miembros dolientes de Cristo, a los pobres.

Su jerarquía es muy sencilla y funciona admirablemente bien: en cada población, aun en la más pequeña, debe existir una o varias Conferencias; cuando hay dos o más, quedan regidas por un Consejo particular; en la cabecera de cada Diócesis debe haber un Consejo central; en la capital de cada país, un Consejo superior; en París funciona el Consejo general, centro universal de la Sociedad, el cual se comunica con el Soberano Pontífice por conducto del Cardenal protector, que en la actualidad es el Eminentísimo Cardenal Vicente Vannutelli, (1) quien transmite las inspiraciones y las bendiciones de la Santa Sede Apostólica,

(1) La misión del Cardenal protector es solicitar apoyo permanente ante el Soberano Pontífice y ser vigilante guardián de la Sociedad, velando por la unidad de ella. Quien primero desempeñó este cargo fue Monseñor Fornari, antiguo Nuncio en París, nombrado por la Santidad de Pío IX, el 1.º de agosto de 1851.

y así la savia vivificante circula por todo el organismo social, desde el Vicario de Cristo hasta la más humilde y apartada Conferencia de la tierra.

La visita *semanal* de los pobres en sus domicilios y la reunión también semanal de los miembros que constituyen cada Conferencia, se consideran en nuestra Sociedad como prácticas indispensables para realizar el objeto fundamental de ella, o sea la santificación personal de los socios y la de las familias visitadas. En cuanto a lo primero, conviene observar que esta preciosa obra puede ser ejercida por todos, no exige ni demasiado tiempo ni mucha ciencia ni abnegación extraordinaria y con justicia se ha llamado el pan cotidiano de la caridad. Si las conferencias no se reuniesen semanalmente, sería muy difícil fundar entre sus miembros la necesaria intimidad cristiana, la unidad de sentimientos y aspiraciones en favor de la obra común; se entibiaría el celo que debe animarlos, pues sabido es que no se hace con placer y con perseverancia sino lo que se hace frecuentemente. El contacto con los menesterosos es fuente fecunda de saludables enseñanzas para todos, y especialmente para los jóvenes, quienes no pueden menos de experimentar goces inefables al ver que con su influjo logran muchas veces sacar de la miseria y del vicio a infortunados que habrán de considerarlos siempre como ángeles tutelares, que en el momento oportuno los salvaron de los horrores del hambre y de los más terribles padecimientos morales.

Los auxilios que llevamos a los desvalidos—que no son sino el pasaporte para llegar a sus tristes moradas,—los damos en especie, por medio de bonos, por los peligros que casi siempre encierran los socorros en dinero. El visitador que distribuye auxilios en espe-

cie, o bonos de pan, de carbón, de vestidos, etc., se ve más obligado a ocuparse en las necesidades del pobre, para solicitar de su Conferencia el bono conveniente, y su acción caritativa está así siempre despierta, mucho más que si diese una suma en dinero.

La Sociedad se rige por un Reglamento sencillísimo y breve, obra de sabia inspiración cristiana, que está en vigor hace cosa de ochenta años, y que por su flexibilidad satisface ampliamente las necesidades en el orbe católico. Así, se le ve practicado por todas las naciones, en todas las lenguas, bajo todas las latitudes. Puede decirse que todo él se encierra en sus «Consideraciones preliminares,» que vivificarán para siempre nuestros débiles esfuerzos, porque son la palabra de Dios, las máximas de los santos, y principalmente el pensamiento de San Vicente de Paúl aplicado a las necesidades de nuestra obra. De él se ha dicho con exactitud, comprobada por experiencia universal, casi secular: «guardemos nuestras reglas, que ellas nos guardarán a nosotros,» lo que significa que, en vez de discutir las o querer reformarlas, debemos darles constante y fiel aplicación.

Fuera del Reglamento, tenemos el *Manual*, compuestos de admirables circulares en que, desde su origen hasta ahora, los Presidentes generales de la Sociedad han ido trazando la norma que han de seguir las conferencias, de acuerdo con el espíritu tradicional de la Asociación y las necesidades de los tiempos. Sus encantadoras páginas deben ser lectura asidua de nuestros consocios, para que los más antiguos no olviden el espíritu de la Sociedad y para que los nuevos puedan penetrarse de él, a fin de amarla más y más.

El *Boletín*, publicación mensual, se edita en casi todos los idiomas vivos, y es el mensajero que lleva a

todas las Conferencias las direcciones del Consejo general, y da cuenta detallada de la vida y del desarrollo de la Sociedad en el mundo entero. En Bogotá se publica desde 1911 el *Boletín* colombiano, órgano del Consejo superior y de todas las conferencias de nuestro país.

Estas publicaciones han enseñado a apreciar las obras comunes, han excitado y servido para propagarlas, han mantenido, en las diversas conferencias, un mismo espíritu, y conservado entre ellas el aire de familia que engendran la identidad de la fe, la acción continua de unos mismos principios, de iguales propósitos y de unas mismas esperanzas.

Aunque institución laica, nuestra Sociedad ha vivido y vive en íntima adhesión a la Iglesia católica, que la ha colmado de gracias y bendiciones. El Papa Gregorio XVI, se dignó aprobar el Reglamento y, por Breves de 10 de enero y 12 de agosto de 1845, la enriqueció con preciosos favores e indulgencias; Pío IX, en solemne audiencia de 5 de enero de 1855, la bendijo en términos fervientes, elocuentísimos, y armó a sus miembros «Caballeros de Cristo»; León XIII, festejó, en 1883, las Bodas de Oro de la Sociedad y para perpetuar el grato recuerdo de aquella fecha, aclamó a San Vicente de Paúl patrono especial cerca de Dios de todas las asociaciones caritativas que existen en el orbe católico; Pío X, en 1909, con motivo de su jubileo sacerdotal, declaró que «la institución de las Conferencias de San Vicente de Paúl corresponde admirablemente al designio del Divino Redentor de convertir al mundo,» y en 1913 solemnizó grandemente la celebración del primer centenario de Ozanam, a quien llamó «uno de los más insignes campeones de la ciencia cristiana,» y declaró

que «sería resolución eminentemente útil a los intereses de la sociedad civil, que todos los que tienen el cuidado de darle disciplina cristiana, tomasen a Ozanam por Maestro y por Jefe.» Por último, nuestro Santísimo Padre el Papa Benedicto XV, felizmente reinante, acaba de declarar que «no ha cesado de mirar con el más vivo interés y predilección esta institución, eminentemente católica y social, tan penetrada del espíritu de Jesucristo, y con profunda satisfacción ha seguido y sigue el desarrollo de tan grande árbol, que ha extendido sus ramas y da frutos preciosos de caridad sobrenatural en todas las partes del mundo.»

Los puestos en la dirección de la Sociedad en general y en la de cada Conferencia en particular, se confieren no por tiempo limitado, sino por duración indefinida, a fin de asegurar el espíritu de conservación y de permanencia necesarios en la dirección de toda obra, — único que permite un desarrollo perseverante y eficaz de las labores respectivas, — a fin también de evitar las agitaciones consiguientes a toda elección, que perjudicarían grandemente la paz interna de las conferencias, y porque en una obra cristiana las funciones deben considerarse como cargas y no como honores, *onera non munera*. A esta sabia disposición débese en mucho el maravilloso desarrollo y la admirable estabilidad de la Sociedad de San Vicente de Paúl. En los ochenta y dos años que cuenta de existencia, sólo ha tenido seis Presidentes generales: Manuel José Bailly, cuyo período se extiende de 1833 a 1844, redactor de *La Tribuna Católica* y fundador de la *Sociedad de los Buenos Estudios*, en donde atrajo a la juventud por medio de conferencias o disertaciones literarias e históricas; codificó las prácticas observadas en los tres primeros

años de la Sociedad, en el Reglamento que hoy rige, leído por primera vez en la Junta general del 8 de diciembre de 1835, precedido de las incomparables «consideraciones» que ya os he recomendado; dirigió con gran tino el Consejo General, manteniendo la unidad de pensamiento y de acción en las conferencias, relacionándolas todas entre sí; su celo, su tacto, el atractivo que ejercía sobre la juventud, la confianza que le inspiraba y su espíritu de decisión, preservaron nuestra obra de muchos peligros: puede decirse que conoció y presintió la Sociedad antes de que se formase, asistió a sus primeros ensayos, fue moderador y padre de ella, la tomó con siete miembros y la dejó con ciento cuarenta y cuatro Conferencias y más de siete mil socios, animada de un impulso que no se ha podido contener, y, como ella, continuó, hasta el fin de sus días, llevando una vida toda de caridad, al servicio de los pobres.

Siguióle, de 1844 a 1847, Julio Gossin, ex-Consejero en la Corte Real de París, eminente abogado, fundador y Presidente de la Sociedad de San Francisco de Regis. Hombre de gran piedad, se distinguió por su amor a los pobres, por su celo y su prudencia y por un grande entusiasmo por nuestras Conferencias, que calificaba, de «amables y benéficas escuelas en que el joven, al entrar al mundo, con las peligrosas ilusiones propias de su edad, puede adquirir grandes y sólidos conocimientos, de los cuales no existe aún entre nosotros ninguna cátedra; que no tienen ni profesores, ni textos ni programas; no acostumbran concursos ni exámenes; emplean registros, pero sólo como signos representativos de pan, sopa, otros alimentos, y combustibles para prepararlos; a nadie conceden diploma

y sin embargo, transmiten sólidos, profundos y variados conocimientos.» Y al mostrar todo el bien que hacen estas escuelas a quienes ingresan en ellas, agregaba: «¿Irá a derrochar su dinero en gastos frívolos quien en la misma mañana no ha podido dar sino un pan a la familia que visita y que probablemente no contará con otro alimento diario? ¿Cederá a tentaciones contra las buenas costumbres quien, la víspera quizá, recitó a la cabecera de un moribundo las últimas oraciones de la Iglesia? A M. Gossin débese la feliz idea de la publicación del *Manual* de la Sociedad, verdadero Código de nuestras tradiciones, en cuyas páginas palpita la vida de las conferencias, y se señalan con tanta sagacidad como franqueza los tropiezos y las dificultades. Las hermosas circulares que en su corto pero fecundo período dirigió a las Conferencias y que allí figuran, precisan, quizá como ningunas otras, en sólida doctrina, el verdadero espíritu de la Sociedad de San Vicente de Paúl. M. Gossin fue el comentar de nuestro Reglamento, cuyo sentido fijó con la autoridad propia de su palabra. Durante su Presidencia, más de doscientas nuevas Conferencias se agregaron a la Sociedad, principalmente en el extranjero: en Méjico, en los Estados Unidos, en Irlanda, Escocia, Holanda, Suiza, Baviera, Grecia y hasta en Turquía, fruto natural de la incansable actividad con que se dedicó a servir la obra que embargó los mejores años de su edad madura y a la cual había consagrado todo el afecto de su juventud.

El tercer Presidente General fue Adolfo Baudon, a quien Dios tenía reservado para ser el instrumento del maravilloso desarrollo de la Sociedad y de su extensión por todos los puntos de la cristiandad. Duran-

te cuarenta años, de 1848 a 1886, consagró todo el influjo que le daban su elevada posición social, su riqueza, sus talentos e ilustración a vivificar y multiplicar nuestras Conferencias y a crear, al lado de la visita de los desvalidos, numerosas obras especiales complementarias; las escuelas nocturnas, los patronatos, la Secretaría de los pobres, la regularización de las uniones ilícitas y muchas otras instituciones caritativas que fueron objeto de su celo y que habrían sido superiores a la ambición y a los recursos de los estudiantes de 1833. El *Boletín*, creado en los primeros años de su Presidencia, lo tuvo largo tiempo como su principal redactor; pero a lo que se consagraba preferentemente era a las circulares, obras maestras de delicada caridad, de sentido cristiano y de excelente estilo, que seducen por la afectuosa sencillez del tono, el profundo conocimiento de nuestras tradiciones y la vivacidad del sentimiento cristiano. Tocóle a M. Baudon celebrar, en 1883, las Bodas de oro de la Sociedad, por medio de solemnes reuniones de los representantes de todas las Conferencias del mundo, con las cuales había sostenido por muchos años activa y prodigiosa correspondencia, que dio grande impulso y cohesión a las obras y le hizo universalmente conocido y amado.

Debía sucederle un hombre eminente, Antonino Pagés, quien abandonó la alta Magistratura que desempeñaba con gran brillo en el Tribunal de París, para consagrar sus poderosas facultades y su gran fortuna a la piedad y a la caridad, especialmente a la Sociedad de San Vicente de Paúl, de la cual fue Presidente General desde 1886 hasta 1903. Apasionado por el trabajo, dedicó los últimos diez y siete años de su fecunda vida a nuestra obra, inspirándose en el espíritu

y en el método de San Vicente, quien fue no sólo un Santo sino también un moderador y un administrador de primer orden. M. Pagés había aprendido en la correspondencia, en los escritos y en las historias de la vida de nuestro celestial Patrono, el arte de darse por completo a cada una de las obras a que estaba consagrado, en el momento mismo en que en ella se ocupaba; de no apresurarse jamás, sin perder tampoco un instante; de escuchar hasta el fin al más humilde que venía a pedirle un consejo o a procurarle un dato. A pesar de la edad que lo debilitaba y de sus múltiples ocupaciones, no retrocedía ante la fatiga de penosos viajes para llevar a consocios alejados, con motivo de alguna fiesta jubilar o de una fundación, la alegría de su presencia y la animación de su palabra. Uno de sus últimos viajes tuvo por objeto visitar, en Dax, la cuna de San Vicente de Paúl, a la cual llevó muchos miembros de nuestra Sociedad. Dio aún mayor impulso a la correspondencia frecuente con todas las Conferencias, y sus cartas eran tan oportunas y despertaban tal entusiasmo en sus corresponsales, que se le consultaba de todas las partes del orbe, a veces sobre incidentes de mínima importancia, con lo cual la tarea resultaba abrumadora, pero él la desempeñaba alegremente, a fuerza de celo y por el poder de su consagración, convencido como estaba de que no de otra manera podía mantener, como mantuvo, la unidad de acción en una Sociedad que se extiende por todo el mundo y que encuentra en esa unidad el secreto de su fuerza y de su incesante desarrollo, así como M. Pagés, inspirándose en ardientes sentimientos de fe y de piedad, buscaba todas las mañanas en el Pan Eucarístico la renovación del celo y la resistencia que se reflejaban en la grande elevación de su alma.

Cuando el 18 de septiembre de 1903, una muerte súbita sorprendió a M. Pagés, listo a comparecer ante su Dios, pues su vida toda fue una serie de acciones buenas y caritativas, por consentimiento unánime fue llamado a sucederle M. Paúl Calon, quien después de haber adquirido gran conocimiento de los hombres y de los negocios, en una carrera financiera y consular singularmente honorable, joven todavía, resolvió abandonar el gran Banco de que era Gerente para consagrarse por completo a las obras de caridad, y especialmente a nuestra Sociedad, de la cual formaba parte hacia mucho tiempo. Su Presidencia duró hasta 1913, en que, por sus enfermedades y su edad avanzada, se vio obligado a retirarse, después de haber, por la sabiduría de su dirección, realizado una obra inmensa: 2,300 Conferencias agregadas, 240 Consejos instituidos y las inolvidables fiestas del Centenario de Ozanam. Su acción se caracterizó por el interés en procurar que se desarrollasen, al lado de las obras caritativas, que tienen por objeto aliviar y curar las dolencias humanas, las obras sociales, que tienden a prevenirlas o evitarlas. Tomó grande empeño en difundir la obra de las buenas lecturas, los patronatos y catecismos, y especialmente en mantener en las Conferencias el espíritu sobrenatural de la Sociedad de San Vicente de Paúl. Nunca estuvo tan floreciente, jamás gozó de sosiego semejante, ni de unión tan completa. Por eso M. Calon ha llevado consigo a su retiro el pesar, la gratitud y la veneración de todos nuestros consocios. Pero si de toda la tierra le han llegado las más conmovedoras demostraciones, las Conferencias colombianas le son singularmente deudoras por el interés vivísimo y fraternal que tomó para que entrasen a participar en los numerosos beneficios de que goza la Sociedad universal de San Vicente de Paúl.

Favorecido por el sufragio unánime de las Conferencias, sucedió a M. Calon nuestro actual benemérito Presidente General, el Visconde Luis d'Hendencourt, quien abandonó la carrera militar para consagrarse a las obras de piedad y caridad, en las que su celo, su actividad y afable cordialidad le aseguraron en breve lugar preponderante, sobre todo en nuestra Sociedad, en la cual continuará dignamente la era de los Bailly, de los Gossin, de los Baudon, de los Páges, de los Calon, fiel al espíritu de nuestros fundadores y atento a las nuevas necesidades, como se desprende de las siguientes palabras de su primera circular, que encierran el programa del nuevo Presidente General: «la visita a los pobres es la que ha inspirado las varias obras a que se contrae el celo de nuestros consocios. Si el Reglamento es inmutable, la Sociedad no es inmóvil: ninguna obra de caridad le es extraña. A medida que las evoluciones económicas o sociales hacen surgir nuevas necesidades, crea, adopta o difunde nuevos medios de subvenir a ellas, y su diversidad prueba su vitalidad. El nervio de nuestra acción es el espíritu sobrenatural, enemigo de las miras demasiado humanas, de una confianza sobrado exclusiva en los medios puramente naturales, de una solicitud demasiado ávida de resultados inmediatos y tangibles. Somos por naturaleza muy inclinados a olvidar la abnegación, que debe determinar nuestros esfuerzos, la gracia, que es la única que puede asegurarnos el éxito, y la gloria de Dios, que debe ser el objeto de todos nuestros afanes. Sin el espíritu sobrenatural, nuestras acciones serán estériles; animada por él, que la hace fecunda, la acción de nuestra Sociedad se multiplicará. Ejerceráse primeramente sobre sus miembros, haciéndolos más perfectos, preparándolos por el desinterés y el celo

a responder al llamamiento de sus Prelados. Desde hace mucho tiempo se ha comprobado y se ha repetido que nuestra Sociedad es una grande escuela, y de aquí resulta claramente su misión: «formar una falange escogida de buenos cristianos para dirigir las obras católicas.»

En el universal desenvolvimiento de la Sociedad de San Vicente de Paúl, nuestra Patria no fue de las últimas naciones en adoptarla y difundirla. Ya desde 1857, debido a la piadosa excitación de un benemérito sacerdote chileno, el doctor José Ignacio Víctor Eyzaguirre, quien por entonces recorría la América para fundar en Roma el Seminario Píolatino, varios distinguidos jóvenes, entre ellos el insigne Padre Mario Valenzuela, S. J., don Ricardo Carrasquilla, don Rafael M. Gaitán y otros, fundaron, en Bogotá, el primer núcleo, y luego se ha ido difundiendo por numerosas poblaciones del país. El Consejo superior, que funciona en la capital de la República, y en nombre del cual tengo el placer de hablaros, confía en el favor de Dios para difundirla y establecerla en todas y en cada una de las parroquias de Colombia.

Si os he hablado con algún detenimiento sobre nuestros venerados Presidentes Generales, no es por un sentimiento de vanidad, tan contrario al espíritu de humildad que ha de distinguir nuestra Sociedad, sino porque en sus rasgos esenciales, aquellos varones apostólicos caracterizan y sintetizan la obra de caridad a que os invito, y porque todos ellos son admirables modelos de abnegación, de amor al deber y de perseverancia en el trabajo, dignos de estudio y de imitación. Hombres como ellos son los que verdaderamente revuelven lo que es en la tierra la belleza moral, y dan for-

ma visible al ideal en que uno quisiera inspirar su vida.

* * *

Si todos ellos son dignos de admiración, ninguno puede presentarse como modelo a la juventud estudiosa tanto como el principal fundador de nuestra obra, el inmortal Federico Ozanam. En él se cifran las más hermosas cualidades, las que más atraen a la juventud: el genio, la elocuencia, la sabiduría, el valor, el entusiasmo, el desinterés, el amor y la caridad. Sus precoces talentos lo colocan en temprana edad en una de las más importantes cátedras del más célebre instituto literario y científico; y en torno suyo se agrupa a escucharle un auditorio selectísimo, al cual subyuga con el atractivo de su palabra irresistible. Sus lecciones versan sobre importantísimos temas históricos, filosóficos y literarios, ora sus *Estudios sobre los germanos*, grandioso monumento apologético, ora *La civilización en el siglo V*, inspirada historia literaria de la Edad Media, ora el *Dante y la Filosofía católica*, para reavivar el recuerdo del filósofo autor de la *Divina Comedia* y mostrar al lado del sentido poético el sentido místico del vate florentino, ora *El país del Cid*, bellísimo estudio de la España heroica y sagrada, ya, finalmente, los *Poetas franciscanos*, admirable libro que descubrió al mundo la poesía de la pléyade franciscana de la Edad Media. De aquí la fascinación que ejercía sobre los jóvenes, a quienes amaba con ternura y los cuales le seguían entusiasmados a través del Luxemburgo, y le adoraban.

A los diez y ocho años escribe a dos de sus amigos, estudiantes de Derecho: «He tomado mi resolución y he trazado el plan de mi vida. Después del terrible sacudimiento de la revolución de 1830, confío en que

una nueva sociedad, mejor, va a surgir; y confío en que Dios me permitirá trabajar en su reconstrucción. He buscado, ante todo, la piedra angular que es la fe, la religión. ¡Ah, amigos míos! mi alma se inunda de gozo y de consuelo, porque en mis estudios encuentro a cada paso este catolicismo que aprendí de los labios de una madre excelente, el catolicismo con todas sus grandezas, con todas sus delicias! Hé aquí que ahora encuentro esta columna del templo apoyada sobre la ciencia, iluminada por los resplandores de la sabiduría, de la gloria y de la belleza; la descubro, la abrazo con entusiasmo, con amor. Permaneceré asido a ella, y desde allí extenderé los brazos para mostrarla, como faro de libertad, a los que flotan sobre el mar de la vida.

Grande será mi felicidad si algunos de mis amigos vienen a agruparse en rededor mío! Entonces reuniremos nuestros esfuerzos y juntos crearemos una obra; otros se unirán a nosotros y un día quizá toda la sociedad se agrupará bajo esta sombra protectora. El catolicismo, rebotante de juventud y de fuerza, se elevará sobre el mundo, se pondrá a la cabeza del siglo renaciente, para conducirlo a la civilización y a la felicidad.»

La obra que con tanta fe presentaba aquel adolescente, nacía dos años después, en humildes auspicios y, fecundada por Dios, es hoy día árbol gigantesco que cubre con sus ramas toda la tierra: esa obra es la Sociedad de San Vicente de Paúl.

Fundada por estudiantes universitarios y sostenida por el célebre profesor de la Sorbona, en ninguna parte puede prosperar como en estos centros, en la juventud de las escuelas, de la Universidad, que debe sentirse orgullosa de aquel hombre insigne, que devoró su vida en servicio de sus alumnos, para quienes fue su último

esfuerzo, su postrer aliento. En las tristes moradas de los menesterosos iba a buscar energía para sus abrumadores trabajos intelectuales, y pensando en la juventud escribía al director de un colegio: «Con frecuencia hemos hablado los dos de la flaqueza, de la inutilidad de los hombres, aun de los cristianos... pero estoy seguro de que son así porque algo les ha faltado en su educación. No se les ha enseñado una cosa que apenas conocen de nombre, y es que es necesario haber visto sufrir a los demás para aprender a sufrir, cuando tarde o temprano nos llegue el turno; esta cosa es el dolor, es la privación, es la necesidad; preciso es que los jóvenes sepan lo que es el hambre, la sed, el frío en un desván; preciso es que vean a los niños menesterosos, enfermos y llorando; es preciso que los vean y los *amen*.»

Por eso nuestro Consejo general ha tenido siempre vivo interés en procurar la formación de pequeñas conferencias en los establecimientos cristianos de educación, a fin de que los jóvenes aprendan desde temprano a ver por sus propios ojos la miseria, a dar por sus propias manos la limosna, el espíritu de sacrificio, imponiéndose privaciones por los pobres, implorando para éstos la caridad, visitándolos con cariño y con amor. Estas pequeñas conferencias son el semillero de las otras: así se inician los jóvenes en las prácticas que éstas observan, se acostumbran a las obras que ejecutan, y al salir del colegio o de la universidad, en la época más crítica de la vida, se ven naturalmente impulsados a entrar a esas piadosas reuniones, a las cuales llevan el concurso de una caridad ejercitada, y en las que encuentran para el ardor de sus años juveniles una aplicación que los cautiva y les impide disipar el tiempo en otras cosas. En dondequiera la vida activa

de las pequeñas conferencias abunda en ejemplos de delicadeza, de ingenio y de abnegación por parte de los jóvenes en favor de los pobres, que en la práctica del bien elevan sus corazones y sus almas y aprenden en la infinita bondad del divino Maestro los secretos de la dulzura evangélica y del sacrificio.

Colocáos, jóvenes que me escucháis, bajo la pacífica bandera de San Vicente de Paúl, e id en busca de los menesterosos. En ello, estad seguros, encontraréis una fuente inagotable de purísimos goces. Invitad a vuestros compañeros de estudio en otros institutos a que, a ejemplo vuestro, se asocien para practicar como amigos cristianos la caridad, y cuando, terminadas vuestras labores universitarias, regreséis a vuestros hogares, fundad en vuestras amadas poblaciones sendas conferencias de San Vicente de Paúl, que moralizarán y evangelizarán a vuestros conterráneos, con lo cual vuestra obra crecerá en el tiempo y en el espacio, hasta la eternidad. Pero no olvidéis jamás que el objeto de las conferencias de San Vicente de Paúl no se limita a subvenir a las necesidades materiales del pobre, sino que principalmente se proponen, como lo hicieron nuestros fundadores, acercar el hombre ilustrado al ignorante, el rico al miserable, crear una corriente de simpatía entre las diversas clases sociales, probar a los desheredados que en los pechos cristianos alientan almas compasivas.

No vaciléis en hacerlo así, y tomad, vosotros que amáis la ciencia, como modelo de vuestra obra de caridad, al sabio, al ilustre fundador de las conferencias. Después de haber maravillado durante diez años al más ilustre auditorio del mundo, congregado al pie de su cátedra en la Sorbona, Federico Ozanam fue sorprendido una mañana por el siguiente letrado que un

espíritu maleante, creyendo desconcertarlo, escribió al lado de su cátedra: «curso de teología.» El egregio Profesor, lejos de inmutarse, subió tranquilamente a su puesto e hizo la más elocuente y erudita conferencia que saliera de sus labios. Para concluir, cuando tenía subyugados a sus oyentes, dijo: «Señores, no tengo el honor de ser teólogo, pero sí tengo la felicidad de ser cristiano, la dicha de creer, con la ambición de poner toda mi alma, todo mi corazón y todas mis fuerzas al servicio de la verdad,» lo que provocó aplausos delirantes, y una vez más el insigne Profesor fue llevado en triunfo hasta su casa. Es que, como tantas veces se ha afirmado, la mucha ciencia, la de un Pascal, la de un Ampère, la de un Ozanam, la de un Pasteur, acerca a Dios, y a la poca ciencia, que no es tal sino trampantojo, lleva al indiferentismo o a la persecución religiosa. Federico Ozanam consagró, con fe y con ardor de verdadero apóstol, toda su preclara vida a la defensa y a la glorificación del catolicismo, combatiendo el error y proclamando, con la autoridad de su doctrina, la indiscutible armonía, el saludable consorcio entre la ciencia y la fe.

Si, como os dije al principio, para mí ha sido motivo de profundo regocijo el verme de nuevo, después de muchos años de ausencia, en este célebre Instituto, en donde corrieron alegres y provechosos los primeros años de mi juventud, me alejo de vosotros profundamente complacido, porque estoy seguro de que las excitaciones que os he hecho encontrarán eco simpático en vuestros generosos corazones y las palabras que han caído de mis labios fructificarán, con la ayuda de Dios, en vosotros, para hacer obra buena y arraigar en nuestra amada Universidad el germen del árbol que ponga vuestra fe al amparo de la caridad.

Pidamos luces al Espíritu Santo para que ilumine vuestros entendimientos e inflame vuestros corazones. Y ahora, dándoos expresivas gracias por la benevolencia con que me habéis escuchado, os pido una limosna por amor de Dios, para los pobres. En nombre del Consejo superior de la Sociedad de San Vicente de Paúl en Colombia, declaro instalada la pequeña Conferencia universitaria, que llevará el nombre de *Nuestra Señora de los Dolores*, gloriosa Patrona de la Universidad de Antioquia.

ANTONIO JOSÉ URIBE

Medellín, enero 30 de 1915.»

EL SECRETARIADO DE LA ENTRONIZACION

del Sagrado Corazón de Jesús

Por indicación de nuestro Ilustrísimo Señor Arzobispo se fundó poco há este Secretariado bajo la inmediata dirección del Reverendo Padre Antonio Puyo C. M. F., Rector del templo del Voto Nacional.

Lo componen además de dicho Reverendo Padre, las señoras Vicenta Umaña de Herrera, Julia Restrepo de Ortiz, Ana Vergara de Samper, Eduvigis Vega de Gutiérrez, María Josefa Ortiz de Brigard, María Luisa Lorenzana de Camacho, Carmen Balén de Mejía, Eloisa Echavarría de Torres, Cecilia Ortega de Bermúdez y Magdalena Mier de Umaña.

Este Secretariado se propone extender la hermosa devoción de la Entronización en todos los hogares, sobre todo en los de los pobres. Para facilitar la adquisición de los cuadros e imágenes del Sagrado Corazón, la Junta recibe agradecida las limosnas que a

bien tengan donarle las personas amantes de esta devoción que está llamada a producir tan excelentes frutos en bien de todas las clases sociales.

El domingo 27 de junio organizó el Secretariado una solemne fiesta, a las 9 a. m. Cantóse una misa solemne, oficiada por el doctor José Manuel Marroquín y los Reverendos Padres de la Comunidad, asistiendo el Ilustrísimo Señor Arzobispo Primado, el doctor Díaz, Rector del Seminario y el Reverendo Padre Pueyo. Este ocupó la cátedra sagrada haciendo una brillante historia de la devoción, de su objeto y su significación, deseando su difusión en toda Colombia, que con razón quedaría más afianzado el glorioso timbre de la *República del Sagrado Corazón*.

El templo estaba sencilla pero elegantemente adornado por las señoras del Secretariado.

Los fieles en gran número visitaron a Nuestro Amo, solemnemente expuesto durante todo el día.

A las 3 p. m. organizóse una hermosa procesión por el Parque de los Mártires, llevando a Nuestro Amo el señor Cura de San Pablo, doctor Emigdio Martínez en medio de un numeroso y devoto concurso de fieles.

Hacemos votos por el mejor éxito del Secretariado para gloria del Corazón de Jesús Rey de Colombia y del mundo universo.

Ilustre viajero

El 8 del presente mes partió para Roma el Excelentísimo Señor doctor don Alberto Vassallo di Torregrosa, Arzobispo de Emesa, Delegado Apostólico en Colombia.

Sensible ha sido para nosotros la separación del Excelentísimo Señor Vassallo, quien deja aquí gratos recuerdos.

CÆREMONIALE PAROCHORUM

DE LITURGICIS FUNCTIONIBUS QUÆ PLURIES IN ANNO
OCCURRERE POSSUNT

ARTICULUS III

De Sanctissimi depositione occasione dictæ functionis:
quæ paranda, missa, litanie, præscriptionesque in usu.

(Continuatio)

A LITANIIS AD FUNCTIONIS TERMINUM

61. I. Missa finita, celebrans cum clericis ad scamnum vadit, et servatur postea quantum præscriptum invenitur in suo loco.

2. Deinde celebrans duobus cum clericis ad altare procedit, factaque debita Sanctissimo reverentia, litaniarum cantus a dictis clericis adstantibus in gradu infimo genuflexis inchoatur. Litaniarum cantus continuatur usque ad *ŷ. Domine, exaudi orationem meam* inclusive.

Ad *Peccatores*, clericus cæremoniarius candelas distribuit omnibus de processione easque accendit: dein in sacrarium se confert ad parandum thuribulum, quod tempore debito secundo clerico tradit.

4. Celebrans, dicto *ŷ. Domine, exaudi*, cum clericis surgit pro thuris immissione, et genuflexus Sanctissimum more solito thurificat; ad altare postea ascendit ac genuflectit; Venerabile throno deponit, et in mensæ corporali collocat; in suppedaneo genuflectit, ac velum humerale a primo clerico accipit. Interim ordinatur processio, sicuti prima die.

5. Processione in ecclesiam reversa, servatur quod alibi præscribitur. Celebrans, post *ŷ. Veneremur cernui hymni Tantum ergo*, incensum ministrat; ad *ŷ. Geni-*

tori Genitoque Sanctissimum thurificat; indeque praescriptas orationes stans cantat; iterum genuflectit, ac dicto y. Fidelium animae, velum humerale accipit, suppedaneum ascendit, benedictionemque dat cum Sanctissimum. Tandem laudem recitat Bendito sea Dios; tempore debito Sanctissimum in tabernaculo ponit; et medius inter clericos assistentes, qui pluvialis fimbrias tenent, in sacristiam redit.

MONITUM. Expositae sunt duae liturgicae functiones pro quadraginta horarum oratione; ubi vero usus adest dictam orationem abrumpendi, exponendi nempe Sanctissimum per tres dies summo mane, ad idemtidem deponendi sub horis serotinis, servandae sunt praescriptiones in usu. Aliquas hic exponemus.

DE PRAESCRPTIONIBUS IN USU

62. 1. Expositionis functio prima die juxta quod supra dictum est fiet.

2. Secunda ac tertia die, celebrata vel cantata missa, celebrans in planum descendit seu in imam altaris partem; manipulo deposito aliisque missae paramentis retentis, in infimo gradu genuflexus expectat donec secundus clericus in promptu sit cum thuribulo, alique duo inservientes ab altari quantum pro missa inservivit abstulerint: calicem nempe, crucem, tabellas, missale etc. Candelae in missa secundae et tertiae diei, statim post ablationem accenduntur, vel etiam prius, uti melius videtur.

(Continuabitur)

INSCRIPCION

En memoria del primer Congreso Eucarístico Nacional, se ha colocado en la Santa Iglesia Primada, junto al bautisterio, una lápida de mármol con la siguiente inscripción:

ANNO. MCMXIII.

A. DIE. VI. ID. SEPTEMBRES. AD. XVII. KAL. OCTOBRES
MAGNIFICO. APPARATV. INCREDIBILI. POPVLI. FREQUENTIA.
ETIAM. EX. DISSITIS. MVNICIPIIS. OMNIVM. QVE
ORDINVM. CONSENSV. ET. GRATVLATIONE. HABITVS. EST.
CONVENTVS. EVCHARISTICVS. COLUMBIANVS. PRIMVS.
PRAESIDENTE. IN. EO. RMO. PRIMATE. ET. ADSTANTIBVS. RMIS.
IN. XTO. PATRIBVS. ARCHIEP. MEDELL. ET. EPISCOPIS. GARZONEN.
MANIZALEN. IBAGVEN. TVNQVEN. SOCORREN. VNA. CVM. TITULARIBVS.
MAXIMOPOLIT. ET. AVGVSTOPOLIT. MINORIBVS. QVE.
SACERDOTIBVS. CIRCITER. QVINGENTIS. CVIVS. REL.
MEMORIAM. COLLEGIVM. CANONICORVM. ET. NEOCORI. BASILICAE.
AD. POSTEROS. PROROGANDAM. CENSERVNT.

La cual traducida al castellano podrá ser como sigue:

EL AÑO 1913

DEL DIA 8 AL 15 DE SEPTIEMBRE

CELEBROSE CON GRAN MAGNIFICENCIA EXTRAORDINARIO CONCURSO DE PUEBLO AUN DE LOS MAS REMOTOS LUGARES DE LA REPUBLICA Y UNANIME CONSENTIMIENTO Y REGOCIJO DE TODAS LAS CLASES SOCIALES EL PRIMER CONGRESO EUCARISTICO NACIONAL QUE PRESIDIO EL RMO. PRIMADO AL QUE ASISTIERON LOS RMOs. AZRPO. DE MEDELLIN OBP. DE GARZON MANIZALES IBAGUE TUNJA Y SOCORRO CON LOS TITULARES DE MAXIMOPOLIS Y AUGUSTOPOLIS Y CERCA DE QUINIENTOS SACERDOTES DE TODO LO CUAL QUISIERON LOS CANONIGOS Y DEMAS BENEFICIADOS DE LA BASILICA DEJAR ESTA MEMORIA A LA POSTERIDAD.